

# ‘Pax abertzale’

LUIS HARANBURU ALTUNA

El actual Gobierno nacionalista organiza la memoria de las diversas violencias reservándose el juicio equidistante de lo bueno y lo justo. El nacionalismo vacío de culpa y de responsabilidad escenifica su impoluta memoria

La ‘pax romana’ comprendió la época de máximo esplendor de Roma iniciado por Augusto y que duró dos largos siglos. La sociedad romana disfrutó de una fecunda paz a pesar de que ya en sus fronteras soportaba la presión acuciante de los pueblos bárbaros. Ya en nuestro pasado siglo la paz americana coronó un periodo de bienestar tras la Segunda Guerra Mundial. Ambas paces, tanto la romana como la americana, fueron posibles por la hegemonía aplastante que tanto Roma como América ejercieron en cada época de paz. Ahora los vascos tratamos de remediar aquellas paces bajo la hegemonía ideológica e institucional del nacionalismo. Ningún otro Gobierno de nuestro entorno salvo el vasco tiene en su organigrama un área institucional que se ocupe de la paz. El Gobierno que preside el lehendakari Urkullu habilitó en su día una Secretaría de la Convivencia y de la Paz que ha brillado con luz propia en el escenario político de la legislatura. Dicha Secretaría y sus políticas constituyeron la prueba fehaciente de la ‘pax abertzale’ que se trata de implementar desde la hegemonía nacionalista. Una paz singular que se caracteriza por su genuina inspiración nacionalista.

Todo el mundo sabe que aquí, en este país de ensueño, hubo hasta hace muy poco una organización criminal que, bajo la excusa de la política y del supuesto conflicto que nos enfrenta a los vascos con España, trató de llevar a cabo una limpieza étnica y política de aquella parte de la población vasca

que no cumplaba con los dogmas del nacionalismo. En el intento fueron asesinadas más de ochocientas personas y otras muchas tuvieron que abandonar el País Vasco para poder salvar sus vidas y sus haciendas. Casi medio siglo duró el empeño criminal y la mayoría de la población vasca miró hacia otro lado. Tan solo una minoría hizo frente al desarrollo criminal y las víctimas del terrorismo padecieron la incompreensión y el desdén de la ideología hegemónica que presidía las instituciones. Un buen día, no hace mucho, ETA vencida por el Estado de Derecho, declaró el abandono de las armas y el vacío dejado por sus crímenes comenzó a llenarse de propuestas de paz, microobjetivos convivenciales y acciones diversas de desagravio y memoria. El vacío dejado por la violencia terrorista se trató de colmar con un sentimiento de culpa colectivo y universal que ayudara a contextualizar el horror sufrido por culpa de un nacionalismo fanático y totalitario. Con la ‘pax abertzale’ se intenta llenar el vacío político y ético de un nacionalismo totalitario que tuvo en la violencia su santo y seña.

Desde la Secretaría de la ‘pax abertzale’ se han organizado diversas actuaciones en orden a contextualizar la violencia terrorista de ETA e incluso a golpe de talonario se han inaugurado ‘plazas de la memoria’ con testimonios sobre la violencia a razón de 80 euros por cabeza. Se han organizado actos de desagravio sobre la violencia policial, las víc-

timas de la guerra civil y se ha confraternizado con las víctimas de ETA, pero en medio de todo ello destaca la ausencia clamorosa de una autocrítica de las instituciones vascas que durante demasiado tiempo renunciaron a enfrentarse a quienes durante medio siglo asesinaron, extorsionaron y terrorizaron a la población vasca en nombre de una supuesta nación oprimida. Ahora desde el Gobierno de Urkullu tratan de escenificar la enésima actuación de la ‘pax abertzale’ ante la escultura de Oteiza plantada en el Paseo Nuevo de San Sebastián que representa el vacío, en torno al cual el escultor de ‘Quosque tandem’ erigió su edificio estético. Un vacío que Oteiza creyó observar en el cromlech de nuestras cimas.

Según Oteiza el cromlech representa el vacío esencial del alma estética vasca. El cromlech vacío resulta ser un osario lleno de restos humanos, pero la evidencia arqueológica es lo de menos; lo que en Oteiza prevalece es la voluntad estética de señalar el vacío allí donde lo pleno se impone de manera primordial. Lo importante es la estética que prevalece sobre al ética. La estética oteiziana adobó la utopía abertzale para la generación de la posguerra, de aquella estética surgió la ética de la resistencia



que tuvo en la patria vasca su principal valor normativo. Así como ETA remozó los planteamientos políticos del nacionalismo aranista, Oteiza insufló nueva vida a una cultura virtual que los vascos jamás habían percibido como suya. El vacío estético concebido por Oteiza era un plagio de aquel otro vacío revolucionario

que inspiró la obra de Malevich, que concibió el arte como contribución a la revolución bolchevique. También Oteiza llegó a concebir su arte como contribución al nuevo espíritu revolucionario que animaba a Etxebarrieta y sus camaradas.

El actual Gobierno nacionalista organiza la memoria de las diversas violencias que desde la guerra civil han aislado al País Vasco, pero lo hace desde la exquisita centralidad institucional que hegemoniza. Siempre son ‘los otros’ quienes fueron los artífices de la violencia reservándose para sí el juicio equidistante de lo bueno y lo justo. El nacionalismo ocupa en esta construcción de la paz el lugar del vacío creador y demiúrgico que Oteiza concibió. El nacionalismo vacío de culpa y de responsabilidad escenifica su impoluta memoria. En eso consiste la ‘pax abertzale’: fueron los otros quienes nos violentaron.

La ‘pax abertzale’ quisiera prefigurar un vacío allí donde se amalgaman las lágrimas y los sufrimientos de miles de vascos que padecieron el terror de un nacionalismo que se les quiso imponer a sangre y fuego. El vacío que hoy se invoca como justificación estética del padecimiento real vivido, solo trata de ocultar la plenitud y la gravidez de una sociedad que sufrió y padeció ante el imposible vacío ético y político de las élites de un nacionalismo, que ahora trata de implementar su peculiar concepto de la paz.